



CONCURSO DE RELATOS
XIX DÍA DEL PÍNFANO
Córdoba, octubre, 2024

Fin del internado

El mes de mayo de 1960 fue un difícil mes. El nerviosismo se iba adueñando de mí, sin que los intentos de animarme por parte de Carmen y de mis compañeros, sirvieran para otra cosa que ponerme más intranquilo.

Rebuscando entre mis papeles, fotos antiguas del Colegio, encuentro entre ellas, el escrito del Coronel Jefe de Estudios de la AGM, de fecha 25 de febrero de 1960, donde quedo admitido para examinarme en la próxima convocatoria. En la parte inferior, y con un poco de buena voluntad, se puede ver la señal dejada en el escrito, por los labios de mi novia, Carmen, para darme suerte en el examen.

En mi mente se quedó grabada perfectamente la llegada al Colegio de compañeros de vuelta del examen de Zaragoza que no habían podido aprobar, siendo esa su última oportunidad. Sus apenados y entristecidos semblantes los mantenían a pesar de nuestros intentos por animarlos. El golpe era muy duro y quieras que no, el simple hecho de que yo pudiera acabar como ellos, me llenaba de nerviosismo y, por qué no decirlo, de miedo.

No podía dormir por las noches y, ya al final, pero muy al final, me llené de valor (no sé cómo), y levantando la cara, me fui hacia el toro, diciendo, si Dios quiere, ingresaré y si no (de esto no me acuerdo).

Como tampoco recuerdo, el día que a mi tanda le tocó la marcha hacia la estación de Atocha y con ello, con la maleta en la mano, nos tocó también decir adiós a los 14 años de internado. Ya nunca más, fuera el resultado que fuera, mis pies pisarían otro centro similar.

Durante el corto trayecto hasta la estación, donde debíamos coger el tren, pasaba por mi mente el desfile de mis años pinfaniles. Qué lejos quedaba mi Colegio de monjas de Padrón, la música de los jardines Villa Rosa durante los meses calurosos, endulzando mis oídos en las noches del Colegio de López de Hoyos, mis partidos de futbol en Carabanchel Bajo, así como mis últimos años en el Alto con los maravillosos compañeros que el destino quiso que yo conociera, y con mi querida Carmen, que el Señor tuvo a bien poner en mi camino.

Pero bueno, llegó la hora de la verdad, y yo ya me encontraba al lado del río Ebro, con la santa misión de aprobar todo lo que me echaran encima.

El reconocimiento médico fue duro y severo. Pero lo pasé sin ninguna dificultad, ya que yo tenía todo en mi sitio y, gracias a la cantidad de zanahorias que había comido en la calle Arturo Soria, mi vista era muy buena, así como el oído.

Al día siguiente, nos enfrentamos a la prueba de gimnasia, con los saltos del caballo, potro etc. Aquí ya empezaban a echar gente a su casa, y no pocos, como comenté anteriormente.

Recuerdo un huérfano que no pudo superar la prueba de los 100 metros lisos, llegando el último de la tanda de los 8 que corrían.

El Comandante Jefe de esa prueba lo llamó para comunicarle que estaba eliminado. El aspirante a cadete le rogó que no le suspendiera, ya que era su última oportunidad, por la edad, para ingresar. El comandante le expresó que no era posible y que tenía que retirarle el dorsal. Entonces, el frustrado corredor, con lágrimas en los ojos, le contestó al Juez:

—Es que soy huérfano de guerra. No me suspenda.

El militar se emocionó, pero no cedió en su veredicto. A pesar de la segunda negativa, el joven insistió:

—Mi Comandante, en mi casa somos muy pobres, mi madre recoge carbón en las vías del tren y mi hermana está de puta en las calles de Sevilla. Yo soy la única esperanza en mi familia.

Todo era una sarta de mentiras, claro. Pero, ante tal cúmulo de desgracias, y llorando con el alumno, el comandante le dijo.

—Váyase con el resto de los aspirantes y que tenga suerte en los demás exámenes, hijo mío.

El huérfano aprobó el resto de las pruebas e ingresó de Cadete en la Academia General Militar.

Este huérfano, al que yo conozco, con el tiempo, además de militar, fue articulista y novelista. Claro.

Yo, desde el mes de abril, tenía sumo cuidado de no lesionarme, ya que cualquier problema físico, de cierta relevancia, podía ser causa de no poder examinarme y ya entonces se hubiera acabado la historia.

El caso es que, a las 09:00 de la mañana, estando al aire libre en el campo de deportes de la Academia General y con la vestimenta adecuada, un comandante, con la lista de aspirantes en la mano, nos iba llamando de uno en uno, para que iniciáramos el oportuno salto de los aparatos.

En mi fila yo debía ser, más o menos, el décimo. Se dio la circunstancia que los dos anteriores a mí, se dieron una torta mayúscula al ir a saltar, no llegando a intentarlo, en la tercera oportunidad. No es que me animase mucho lo anterior ocurrido a los dos aspirantes, pero hice lo imposible por olvidarlo. Y la verdad es que, me lancé con todas mis fuerzas, saliéndome unos saltos muy buenos.

Nada más salir del examen, me cambié y cogí el tranvía con Juan Ochoa Galicia y nos fuimos a la Hospedería del Pilar, pegadita a la Basílica del Pilar, donde, normalmente, estábamos ubicados los pínfanos en Zaragoza, a la espera de ir al “matadero”. Me puse a estudiar en el dormitorio junto a otros compañe-

ros, para el examen del día siguiente, hasta la hora de cenar y ya un tanto cansado, me dispuse a dormir, para así estar en forma de cara al examen.

Como dije en otra ocasión, los exámenes duraban, entre los dos grupos, unos diez días. El caso es que, llega el día del último examen. El oral, de Geometría. Aquí se decidía todo. El ser o no ser. La nota de este oral se podía compensar con la nota que habías obtenido en el examen escrito de Geometría del día anterior, donde me pusieron un 4. Es decir, que me tenían que poner un 6 en el examen oral para poder aprobar todo.

La noche anterior, la pasé fatal. A pesar de los ánimos que el Director me dio por la tarde, de lo cual le doy las gracias, el desfile por mi mente de recelo, pesadumbre y desasosiego, era continuo. No podía quitármelo de encima.

En la entrada a la Hospedería del Pilar, recuerdo que se encontraba una capilla, con una Virgen muy bonita. Entré en ella y descubro que, dentro, estaban casi todos los pínfanos que durante esos días coincidíamos en los exámenes de las distintas pruebas. Le “insinué” a la Virgen que primero “echara una mano”, a los que teníamos la “última oportunidad”, a los otros, que esperasen al año siguiente.

Bueno, pues me levanto a las 7 de la mañana. Apenas pude probar bocado alguno en el desayuno y, pasando previamente por la capilla a recordarle a la Virgen la petición del día anterior, nos dirigimos a la plaza de la Seo, a coger el tranvía que nos dejaba enfrente mismo de la Academia General Militar.

La sensación que yo tenía en ese momento de enfilarse la avenida de la entrada en la Academia debía ser la misma que tienen los toreros cuando van a salir al ruedo a lidiar su toro. Si no peor.

Ya llevábamos cinco días de exámenes el grupo de aspirantes que nos encontrábamos juntos, en la antesala del salón donde el público se encontraba sentado, a la espera de la entrada de seis en seis, a efectuar el examen final.

El número de papeletas que teníamos que haber estudiado previamente no lo recuerdo, pero todas estaban representadas por un número, que se encontraban en unas bolitas dentro de un bombo.

En un momento determinado, un auxiliar, con la lista de los aspirantes de ese día en la mano, empezó a llamar por el nombre y apellido a los seis primeros. Entramos en perfecto orden hacia una enorme mesa alargada, donde se encontraban los comandantes y algún Tte. Coronel, jueces y árbitros de nuestro destino en la vida. Yo los miraba a la cara, y me parecían seres diabólicos, con expresiones malignas.

La visión del bombo, con las famosas bolitas y el número correspondiente, estaban fijadas en nuestras mentes. El coronel me nombró, para que me acercara al bombo y le diera a la manivela, al objeto de que saliera la bolita de la suerte

o de la desgracia. Lo normal era que llevásemos unas papeletas mejor preparadas que otras, pero, por mi parte, me daba igual el número que me saliera en la bolita.

Mis piernas parecían que se negaban a ir hacia el bombo, de miedo que tenía, pero creí ver en el rostro del presidente de la mesa, un ligero gesto de contrariedad, que hizo que mis piernas volasen hasta el bombo.

El 37. Esa fue la papeleta que me tocó. La verdad, recuerdo que en ese momento yo tenía la mente en blanco, no me acordaba absolutamente de nada y no recordaba si la papeleta 37 era buena o mala. Respiré profundamente, cogí el papel de la papeleta y me dirigí hacia una enorme pizarra negra como el carbón.

Allí de pie y dando la espalda al tribunal, igual que los otros cinco aspirantes, nos dispusimos a desarrollar, con la tiza en la mano, cada uno la papeleta que en suerte nos había tocado.

Debo reconocer que a mí siempre me ha gustado escribir y dibujar en la pizarra. Se me daba muy bien el desarrollar cualquier tema con una tiza en la mano. Como el examen era de Geometría y Trigonometría, tuve ocasión de exponer y componer en la pizarra, de 2 por 1,5 m., unas figuras geométricas angulares, amén de unas llaves explicativas que acompañaban a las figuras, desarrollando las respuestas que, además las aclaraban de una manera diáfana.

Estando en el Colegio de Carabanchel Alto, ya el profesor Coronel Lobo, sabedor de mi facilidad con la tiza, me hizo hincapié en que abusase de ello cuando me tocase plasmar la papeleta en la pizarra.

Cuando un aspirante había terminado de exponer la papeleta en la pizarra, debía dejar la tiza y dar media vuelta en posición de firmes. Y esperar a que el tribunal se dirigiera a él, para empezar a explicar la lección.

Pensaba en esos momentos, antes de contestar, que la papeleta estaba muy bien expuesta y todas las preguntas perfectamente contestadas. Si querían aprobarme, allí tenían suficientes razones para hacerlo. No obstante, todos los aspirantes teníamos miedo a las preguntas, que cualquier miembro del tribunal hacía, una vez terminada tu disertación de lo escrito en la pizarra. La pregunta o las temidas preguntas podían ser de cualquier tema que el componente del tribunal quisiera. Eso era lo más temido de los aspirantes, sabedores de que, aunque hubieras explicado la papeleta en suerte muy bien, podían mandarte a tu casa si fallabas las preguntas.

Procuraba respirar profundamente a la espera de la dichosa preguntita. Me la hizo el Coronel Presidente. Respiré con cierta tranquilidad, porque sabía la respuesta, relativamente fácil, habiendo estudiado, claro. Era un problema de trigonometría, en donde te daban los senos, cosenos y tangentes, de los ángulos

de un triángulo y tenías que hallar su valor en otros ángulos. Para no cansar al lector, hube de dibujar una circunferencia (las hacía perfectas) y unos grados y triángulos. Ese día las figuras geométricas, me salieron perfectas, parecía que mi mano la cogía alguien de allí arriba, y que era Él quién realmente cogía la tiza y plasmaba en la negra pizarra, las figuras necesarias. Gracias.

Mi posición de firmes delante del tribunal tampoco podía ser más perfecta: tacones unidos, los pies con un ángulo de 45° , brazos pegados al cuerpo, manos cerradas, pero no apretadas. En fin, creo que el tribunal, ante el pínfano que tenían delante, no podía hacer otra cosa más que aprobarle.

Cuando el Coronel Presidente, me dijo “Muy bien, puede retirarse”, lo que significaba que había aprobado todo, di un taconazo, como yo solo puedo hacerlo: ni muy fuerte, ni muy flojo.

José Antonio Duarte, que casualmente estaba en la pizarra de al lado, terminando de escribir su papeleta, me susurró: “Enhorabuena”.

Estaba borracho de felicidad, en ese momento todo el mundo era bueno para mí. Quería que todas las personas con las que me cruzaba se enterasen que había ingresado en la Academia General Militar, aunque creo que se me notaba en el semblante.

El Coronel Director del Colegio, me abrazó, y me recomendó que me fuera a la Hospedería a meterme una buena ducha y a animar a los que el día siguiente, tenían que sufrir los exámenes.

La vuelta a Zaragoza en el tranvía se me pasó volando, ya que por mi cabeza iban pasando infinidad de personas, momentos, hechos, pero sin ningún orden. Mi cabeza parecía que iba a estallar en cualquier momento. El tranvía cruzaba el río Ebro, cuando volví a la realidad, bajando de los últimos sin prisa alguna, ya que me encontraba como un autómatas y deambulaba como si estuviera en una nube.

Como para llegar a la Hospedería tenía que pasar por delante del Pilar, pasé a dar las gracias a la Virgen, por haberme ayudado.

Cuando entré en la nave del dormitorio, ya todos conocían la noticia y vinieron a abrazarme. Las preguntas se sucedían una tras otras, estando todos ansiosos por saber de mi boca, cómo había sido el examen oral, qué papeleta me tocó, si había mucho público en la tribuna, qué pregunta me hicieron al final etc.

El caso es que les recomendé, con una poquita autosuficiencia y un pelín de chulería, que lo mejor que podían hacer, era seguir estudiando las pocas horas que les quedaban y que estuvieran tranquilos, como yo estuve.

Eso sí al comentarles que se lo pedí a la Virgen que estaba en el recibidor de la Hospedería, me dejaron solo y se fueron a rezar la mayoría.

Qué ducha. Maravillosa ducha. Mi vecino en la cama me dejó su gel de baño y me dijo que no me preocupara de usar todo el que quisiera. Que no me preocupase por el gel. Y allí estuve durante media hora. Me puse ropa de paisano y me fui volando a la Telefónica, en el Paseo de la Independencia, para llamar a mi madre y decirle la noticia. Porque la pobre estaba más que asustada.

Ya más tranquilo, llamé a Carmen, comunicándole también que había aprobado y planeando con ella una visita en agosto, a Benidorm, donde ella siempre veraneaba.

Terminadas mis conversaciones telefónicas, me tomé unas cañitas en el bar “La Espiga” y, a continuación, al cine Palafox. No recuerdo la película, pero sí la música que, en el momento de entrar en el cine y antes de apagarse las luces, se oía por todos los salones. Era una canción que hacía referencia a Brigitte Bardot, BB, una guapa y rubia francesita.

Terminada la película, marché a la Hospedería, donde mis compañeros todavía estaban hincando los codos.

Tardé mucho todavía en dormirme, ya que alguno me pidió por favor que le ayudase a resolver un problema de geometría, cosa que naturalmente hice con sumo placer, pudiendo comprobar lo bien que se ven los toros desde la barrera.

Esta foto es especial para mí y para todos los pínfanos. En ella se puede contemplar perfectamente, en el centro, la Basílica del Pilar. En el extremo derecho la torre de la Seo, catedral de Zaragoza, a cuyo pie salían los tranvías que nos llevaban a la Academia General Militar. Y en la parte izquierda, y a continuación de la Basílica, se puede ver un edificio con cuatro arcos, que pertenecen a la Hospedería del Pilar, testigo en 1.960, de mi felicidad y de mi tranquilidad celestial.

Era norma de la Academia General, que los que habían ingresado el día anterior, debían presentarse en la Jefatura de Estudios al día siguiente, a fin de recibir las instrucciones de los primeros pasos a realizar durante el verano. Amén de ir a la sastrería de Zaragoza que quisiéramos, a que nos tomasen medidas para el uniforme de Cadete, así como una primera prueba, sin la cual no deberíamos salir de la ciudad.

Con la entrega por parte del Coronel Jefe del Detall de unas cadeteras rojas (que todavía tengo), para la madre o para la novia, nos despedimos momentáneamente de la Academia, con la promesa de que volveríamos a ella, un día del mes de septiembre.

Y, aunque esta historia ya se va acabando, no quiero terminar este relato. Ya que cuando me despido de algo muy importante para mí, como es mi tiempo pasado, mis antiguos compañeros, parece que, a la vez, te estás despidiendo de ti mismo.

Porque en el fondo, una parte de ti se está yendo al decir adiós.

No recuerdo quién dijo que se tarda un minuto en decir “hola” y toda una vida en decir “adiós”. Así que he decidido alargar la despedida para alegría y felicidad mía. Aunque, la verdad, pienso que mis recuerdos los llevaré siempre conmigo y nadie me los podrá arrebatarme. Además, pretendo “vivir siempre” y, por ahora, lo voy consiguiendo.

En el párrafo anterior, comento que he decidido alargar mi despedida, pero en realidad, no nos engañemos, es que no sé cómo acabar esta historia de los pínfanos, representada en mi persona, porque nunca he escrito más de una página, y por lo tanto nunca me había encontrado ante una situación semejante. Os comento un secretillo, sobre esto anterior. Más de diez veces he ido a El Corte Inglés de la calle Goya a la sección de “libros”, y he estado ojeando muchos de ellos, para empaparme la terminación de estos. Y al final solo he conseguido calentarme la cabeza, sacando la conclusión de que no me ha servido absolutamente para nada.

Bueno, volviendo a la Academia. Comento que después de hacerme la primera prueba del nuevo uniforme, y de hacer la despedida sentida de mis compañeros, que todavía se encontraban en la Hospedería pendientes de alguna prueba de ingreso, cogí el tren a Barcelona. Para comenzar mi nueva vida, planificar la visita a mi familia y ver si podía ir a darle en persona, a Carmen, las “cadeteras”. Acompañado de algún beso, que me compensara los malos ratos que había pasado en Zaragoza.

Ya en mi compartimento del tren, camino de la ciudad condal, en la tranquilidad que me daba en aquel momento el traqueteo del tren, me fue imposible el no recordar la vida que, ya “definitivamente”, acababa de dejar atrás. Quizás en ese momento, en la soledad física en que me encontraba dentro del compartimento del tren, después de mucho tiempo, entré en un estado sensible y me dejé impresionar pensando en la vida que anteriormente me había tocado vivir, por circunstancias ajenas a mi persona. Fue cuando, en realidad, mi mente hizo un repaso de todo lo ocurrido en mi vida: Cuando, con solo siete añitos, mi querida madre, a la que nunca supe demostrarle o compensarle, todo mi amor y agradecimiento por los sacrificios que tuvo que padecer, al tener que separarse de su hijo más pequeño, durante tantos años, repito, con solo siete años y en un tren un poco más antiguo que el presente, me llevaba a Padrón.

De pie y apoyado en la ventanilla del compartimento, iba dejando que mi mente, siguiera recorriendo libremente mis distintas estancias en los internados. No pude impedir que unas lágrimas fueran recorriendo mis mejillas, primero despacio y después no tanto, al recordar los catorce años anteriores, encerrado la mayor parte del tiempo, entre cuatro paredes y sin poder salir a la calle muchos domingos.

Lo primero que me vino a la mente, en ese paso de la película de mi vida, fue el frío. La falta de ropa de abrigo suficiente para vencer el frío hizo de ello un problema urgente a resolver, usando hojas de papel que me colocaba debajo de la camisa. No lo había citado anteriormente. Como meter un ladrillo caliente, dentro de mis sábanas en el Colegio de La Inmaculada, siguiendo el sabio consejo del obrero. Siempre he sido muy friolero. Ya he mencionado mis carreras a coger, en los descansos entre las clases, un sitio pegado a los radiadores de la calefacción, situados en los pasillos, ganando a Manolo Puente, Antolín o a Fajardo, que intentaban hacer lo mismo.

En ese recorrido mental, a continuación, entraba el importante capítulo de la alimentación. No podía dejar de pensar en mi lucha por buscar algo que llenara mi estómago, de lo cual no me avergüenzo. Las argucias que inventaba (los cuadernos de 25 hojas que por la noche sentado en el plato de la ducha y a la luz de una vela fabricaba para tener pan el día siguiente). Eso hacía que mi mente discurriera a más velocidad que la de mis compañeros, para intentar solucionar ese problema, ya que quieras o no, ellos eran mi competencia. Ejemplo de ello, mis conquistas matutinas del gofio canario del bueno de García Robayna y del aceite de oliva de Martínez de Cazorla.

No sé si fue que entraron personas en el compartimento. El caso es que cortaron mis pensamientos, pero solo momentáneamente, ya que una vez que nos sentamos todos en nuestra plaza, mi mente voló alegre y nuevamente a repasar en detalle, paso a paso, mi vida. Aunque aquí solo describa lo más sustancial.

Enumerar las personas que, durante esos catorce años, me hicieron compañía en un sentido o en otro, compañeros, profesores, hermanas de la Caridad en los primeros años, traería consigo alargar este libro muchas páginas, ya que me acuerdo de muchos de ellos. Todos sirvieron para moldear mi forma de ser, mi modo de pensar. Cada uno una parte. En fin, mi estilo de hacer frente a los distintos y continuos problemas, que todos tenemos o nos encontramos, en el largo recorrido de nuestro caminar por la vida.

Me estaba dando cuenta, de que solo contaba cosas del pasado que eran positivas, y es verdad. Pero siempre ocurre lo mismo: “la memoria del corazón elimina los malos recuerdos y hace mucho más grandes los buenos. Y gracias a esto, logramos sobrellevar el pasado”.

Esta despedida, quizás sea para siempre, pero los recuerdos imborrables de mi etapa pinfanil, nunca se esfumarán de mi pensamiento.

Bueno, adiós.